

Mehdi, Ben Ismael Mohammed El

Juan Pando Despierto

Fez ca. 1865 / Ceuta, 1923

Emir (príncipe) de Marruecos, primer jalifa del Protectorado español. Era nieto de Mohammed IV, octavo monarca de los alauíes, que se viera obligado a encajar y perder la guerra contra la España de O'Donnell en 1859-1860. Su padre, Muley Ismael, fue gobernador del septentrión marroquí durante casi veinte años, con funciones propias de jalifa (lugarteniente del sultán). La autoridad en nada efectiva que su hijo Mohammed recibiría tras ser designado (19 de abril de 1913) por el duodécimo soberano alauí, Muley Yussef, hermano del abdicado (12 de agosto de 1912) Muley Hafid, a raíz de implantar Francia, por la fuerza, su protectorado en Marruecos.

El hijo de Muley Ismael no tendría mando alguno, ni militar ni político, sobre los territorios que su padre gobernase mientras él era un niño. Ni siquiera le fue dado influir sobre el orgullo y el entusiasmo del pueblo normarroquí, consciente de que su entronización, como delegado del sultán reinante en Fez, ni convertía al elegido en príncipe del norte ni a su mentor en *auténtico* rey de Marruecos. El verdadero *rey del norte* era Muley Ahmed el Raisuni. Y los españoles de Alfau, que habían vuelto a ocupar Tetuán (19 de febrero de 1913), a los cincuenta y tres años de la salida de las tropas de Prim de la capital de Yebala, no dejaban de ser “delegados” de la paciencia de El Raisuni, que gobernaba Yebala y el Garb sin residir en Tetuán.

El 27 de abril de 1913 Mohammed el Mehdi desembarcaba en Río Martín, conclusión de un río que, en su modestia, fertilizaba las huertas tetuanés y no se deprimía por ser frontera permisiva para los Beni Hozmar, la tribu dueña del Gorgues, macizo rocoso que constituía una muralla de veinticinco kilómetros de longitud, con cumbres de casi dos mil metros de altura,alzada frente a Tetuán. En los diez kilómetros del recorrido hasta su capital, a su derecha pasaban temblonas hileras humanas, poco densas, que movían cabeza y manos; a su izquierda desfilaba un muro de centinelas gigantes, hostiles en su amenazante proximidad. Durante los veinte años de su jelifato, Mohammed tuvo que despertarse con esas *montañas en guardia*. Y dormirse bajo la tenebrosidad de esos castillos inmensos, que hundían sus cimas en las nubes oscuras cuando llegaba noche nublada y hacían sudar su frente, privada de calma y sueño.

Aquel miércoles 27 de abril, al Mehdi le esperaban dos generales —Alfau y Arraiz de la Condorena— y una decena de coroneles. No hacían falta tantos entorchados para hacer comprender al hijo de Muley Ismael que sería rehén de las autoridades españolas sin tener poder alguno para ejercer

su mando. Estaban para protegerle y ampararse ellas mismas bajo la legitimidad de la monarquía alauí. Así sobrevivían los dominantes y sus tutelados.

Al jalifa le acompañaban su *tebib* (médico) particular, el capitán de Sanidad Militar, Francisco García Belenguer, de 37 años, y el diplomático Juan Zugasti Dickson, que fuera cónsul en Tánger y Larache, de cincuenta y tres años, que iba destinado a la Alta Comisaría. Ambos eran amigos suyos y a la vez confidentes del Ministerio de Estado. Nunca tuvo España gentes que informaran como ellos: *espiar sin ofender ni desproteger al espiado, que se dejaba espiar*. Belenguer y Zugasti fueron más jalifistas que españolistas y por eso seguían junto a el Mehdi.

La entrada en Tetuán fue por la puerta de la Reina, así llamada en recuerdo de Isabel II, la reina que ganase aquella ruinosa guerra a su desesperado abuelo. Un jinete del *Majzén* cabalgaba a su lado con el enhiesto *parasol*. No importaba que ese día lloviznase, los símbolos del poder absoluto están por encima de la climatología (a menudo por encima de la realidad). De repente, el afecto popular, constante en su rítmica manifestación, como pájaro herido en vuelo, se desplomó. No fue miedo ni aviso de atentado. Fue sombra e inquietud; presentimiento y vacilación. Duró un minuto o menos. Y pareció un siglo. Retornaban los aplausos. Las puertas del *Mexuar*. Su palacio. Antes de cruzarlas sabía que estaba a salvo.

Mohammed el Mehdi disponía de la potestad jurídico-simbolista de firmar el *dahir* (decreto) que validaba todo acto jalifal, fuese administrativo, social o tributario. El documento le era presentado con la firma del alto comisario, a la que él rubricaba con la suya y el sello de su rango. Tenía derecho a oponerse, el equivalente a impedir que amaneciera. Pero los españoles fueron comedidos en sus peticiones y estas en nada ofendieron la idiosincrasia marroquí ni los preceptos del Corán, sendas fortalezas respetadas a *rajatabla* por la Alta Comisaría. Sus relaciones con Alfau eran amistosas. El Mehdi se llevó una gran sorpresa cuando Alfau solicitó a Romanones ser relevado del mando. Le despidió con sincero pesar.

El nuevo alto comisario, José Marina Vega, era bien distinto. Parecía un afable *baxa* (gobernador) con su vientre prominente, poblada barba blanca y maneras de jerife cristiano. Marina tenía genio y ganas de terminar con la guerra desatada por el más rebelde de sus subordinados, el general Manuel Fernández Silvestre, quien había humillado a El Raisuni al ordenar el registro de su palacio-fortaleza en Arcila. La guerra iba a más y la inseguridad en Yébala crecía. El Mehdi fue enterado de que Marina quería “llegar

a un acuerdo” con El Raisuni. El jalifa presintió lo sombrío del horizonte hacia el que se dirigía su futuro personal.

Un acuerdo Marina-El Raisuni conllevaría una drástica disminución en las potestades de quien gobernase el jalifato, sobre todo en la limitada capacidad defensiva de él mismo. Un Raisuni designado bajá de Xauen podría poner abrupto final al jalifato alauí. Se entraría en un tiempo sin perdón, donde las montañas del Gorgues abrirían sus pechos de guerra y de ellos saldría un amamantado ejército de quince mil guerreros, que harían suya a Tetuán solo con mirarla.

Fue entonces cuando Dios intervino. Y los enemigos se dieron muerte entre ellos. Sidi Alkalay y El Garfati, delegados raisunistas, con salvoconductos firmados por Marina, fueron emboscados y estrangulados en las cercanías de Cuesta Colorada (12 de mayo de 1915). Marina acusó a Silvestre, exigiéndole que dimitiera. Silvestre decidió abrir una causa sumarial, de la que resultaron tres hechos encadenados: los responsables del crimen (policías indígenas y sus mandos españoles en Larache) fueron juzgados y encarcelados; Marina y Silvestre “dimitieron”; los dimitidos fueron condecorados y de seguido enviados a España. El jalifato no sufrió daño alguno y su titular solo tuvo que preocuparse de recibir al sucesor de Marina.

El general Francisco Gómez Jordana, “Jordana”, complació sobremanera a El Mehdi. Caballeroso y metódico, trabajaba sin descanso. Su mayor preocupación era defenderse de una cascada ininterrumpida de órdenes y exigencias provenientes de los Ministerios de Estado, Gobernación, Guerra, Gracia y Justicia. Pero llegó un momento en el que, llevado de su deseo por alcanzar la paz, Jordana acordó verse con El Raisuni para hacer la guerra contra los anyeríes, tan rebeldes como los benihozmaríes. Ese acuerdo (24 de mayo de 1916) en El Fondak de Ain Yedida, como todo pacto entre hombres, dependía de Dios. Y en batalla sin vencedores (El Biutz), resultó que perdieron todos, pero el jalifato ganó. Dos años después, el general Jordana fallecía en su despacho, víctima de los disgustos que jefes de Gobierno, ministros, subsecretarios y directores generales le causaron en una martirizante sucesión. Y El Mehdi se dispuso a recibir a otro alto comisario. Se llamaba Dámaso Berenguer Fusté y apenas le vio diez veces. Se dedicaba a hacer la guerra a El Raisuni, lo cual era muy justo.

En julio de 1921, a Tetuán llegaron noticias de que El Raisuni estaba acorralado. Las tropas de Berenguer le tenían a mano. Esta vez no se escaparía

y entre los barrotes de otro Mogador acabaría. Fue en esos días cuando llegaron, desde el Rif, novedades asombrosas: el general Silvestre se había suicidado, su ejército yacía muerto y los supervivientes se hallaban cautivos de las tribus sublevadas o parapetados tras los muros de la Melilla sitiada. Los españoles habían sufrido mortal derrota, pero sus vencedores no querían ser súbditos del *Majzén*, sino “dueños del Rif”, al que su jefe, Mohammed Abd-el-Krim, pretendía convertir en *Republik*. Enemigos que desaparecían (del cadáver de Silvestre nada se supo) y marroquíes alzados en enemigos del sultanato. Dios lo había decidido así y duro tributo era ese. Berenguer volvió a Yebala. Y cuando todos le veían falto de fe y fuerzas, en un arrebato de audacia marchó contra El Raisuni, puso cerco a su guarida en Tazarut y la tomó (12 de mayo de 1922), aunque el bandido se le escapó. Dios concedía un triunfo y retenía otro. El general Berenguer se mantuvo al mando dos meses más, pero al final tuvo que dimitir tras ser enjuiciado. Y el jalifa se preparó para recibir al sexto alto comisario: Ricardo Burguete Lana.

El general Burguete era conferenciante y tratadista militar de fama. Había sido profesor de los hijos del “sultán de España” y estaba muy bien considerado en la corte del “sultán Alfonso”. Sin embargo, al igual que los anteriores, se empeñó en pactar con El Raisuni, quien había vuelto a sus trapacerías y agresiones al verse obligado Berenguer a rescatar la mitad de lo perdido por Silvestre en el Rif. Burguete quería aislar el Rif Libre y derrotarle por medio de una alianza con El Raisuni. Esta vez Dios no tuvo que intervenir. Hubo entrevista entre ambos jefes (Pacto del Buhaxem, octubre de 1922). El Raisuni se desdijo (lo previsible en él) y Burguete se quedó solo y sin victoria posible sobre Abd-el-Krim. Burguete dimitió y el jalifa se dispuso a recibir al séptimo alto comisario que España le enviaba. Fueron dos: uno que se disculpó por carta (Miguel Villanueva) al encontrarse enfermo y quien sí acudió: Luis Silvela.

El nuevo alto comisario era civil. Solo creía en *armas malditas* (químicas) y tortuosas negociaciones con los rifeños a través de uno de ellos, Dris Ben Said. Ni lo uno ni lo otro saldría bien. La guerra en el Rif, de tan enconada que estaba, podría durar diez años. Los combates por la conquista del macizo de Tizzi Assa no cesaban. Las gentes del Rif y las de España se igualaban en sufrimientos y desesperaciones. Cabía confiar en Dios. Y de forma inesperada hubo un golpe de fuerza en tierra española que pretendía acabar con la fuerza de la guerra en los campos de Marruecos. Primo de Rivera era su jefe y decidió poner a persona de su confianza en la Alta

Comisaría. Con lo que el jalifa tuvo que prepararse para recibir al octavo alto comisario que esa España tan alterada le enviaba: Luis Aizpuru Mondéjar.

Del general Aizpuru hablaban bien todos, fuesen rifeños o yebalíes. Era prudente y sabio; tenía criterio y hablaba poco, virtudes muy de alabar. El jalifa creyó que, por fin, en esta ocasión España encontraría el camino de su salvación y Marruecos el de la paz. Fue entonces cuando se enteró de que Aizpuru pretendía entrevistarse con El Raisuni. Estos españoles eran incorregibles: se pasaban la vida golpeándose la cabeza en la misma piedra. El Mehdi estaba hartó. El Gobierno lo llevaba el gran visir, Mohammed Ben Azzuz, persona competente y leal. Los ministros eran leales y diligentes o lo parecían en ambas funciones. Poco le dejaban a su responsabilidad. El tener hijos sí era cometido exclusivo suyo. Su seguro de estirpe era una bendita presencia: Muley Hassán. En 1923 tenía quince años. Muy joven para ser jalifa si a él le sucediera algo, pero con edad suficiente para discernir y sobrevivir.

El 11 de octubre, El Mehdi se decidió por tomarse unos días de descanso placentero en Ceuta, con una familia amiga. Como eran varias las familias amigas del jalifa, no hay seguridad documental para afirmar cuál fue la elegida. El caso es que El Mehdi entró vivo en Ceuta y salió muerto a la madrugada siguiente. De incógnito en ambos trayectos. En cuanto al lugar del óbito, censurado. Morir en tierra cristiana no era pecado; en casa de israelitas o cristianos, sí. Porque si hubiese sido por herida sufrida en batalla, gloria sería. Y no fue así.

Los periódicos españoles informaron del suceso y sin excepción afirmaron: “El jalifa ha fallecido en Tetuán”. Se decía que el día antes “se sintió enfermo y finalmente murió sin que pudieran impedirlo los esfuerzos de la ciencia”. *Esfuerzos y ciencia* hubo que reunir para trasladar el cadáver, de noche, de una ciudad a otra. En aquel tiempo, *españolas* ambas.

El entierro fue solemne, aunque segregado. Tras el difunto marcharon las autoridades jalifianas y la población musulmana. En un ángulo del recorrido se situaron los mandos cristianos, civiles y militares, que saludaron respetuosamente cuando la fúnebre comitiva pasó frente a ellos. Quedaba el final, desconcertante. El cuerpo de El Mehdi fue sepultado en la mezquita de Sidi Alí Ben Raisun, antepasado de El Raisuni. Al llegar aquí, no cabe decir eso de *dicho sea esto con todas las reservas*. Porque pudo darse error en la prensa española de la época o bien ser aquella una inhumación provisional. Una u otra opción solo pueden aclararlas aquellos tetuanés

tan documentados como bien intencionados, que resuelvan este dilema, ante lo cual quien esto escribe les muestra su agradecimiento por anticipado.